

\*\*\*\*\*

UNA GRAN OBRA DE CHICHARRO

\*\*\*\*\*

## LA TENTACIÓN DE BUDDHA

BIEN poca cosa tenía que decir la obra de arte que se revela por entero tan pronto como nos encaramos con ella. No es superior, como debiera, a nosotros, si, desde luego, la abarcamos plenamente, y en lo sucesivo, vaciada, nos empezará a hastiar y la falsa conciencia de nuestra halagada vanidad no perdonará el engaño al verse defraudada.

Retiene, en cambio, nuestro obstinado afán la obra que en su seducción encierra una parte de misterio; que se da poco a poco y mejor cada vez. Deja resbalar ante su primer velo el frívolo atropello del público que «gusta reconocer» y reserva su premio, progresivo, para aquel que, desconfiando de su primer juicio, somete a sucesivas pruebas de resistencia estética la obra «que ha de quedar» porque responde al íntimo anhelo de inmortalidad que siente el hombre, el cual seguirá buscando eternidad en el Arte,—aunque Epstein opine lo que quiera.

En la próxima Exposición de Bellas Artes ha de figurar un cuadro que merecerá, sin duda, de la mayor parte del público este aludido título de «desconcertante», tanto por lo inesperado y exótico del tema como por su desarrollo e interpretación. Nos referimos a *La tentación de Buddha*.

Mas antes de ocuparnos del lienzo, tratemos de salvar las dificultades que su asunto ofrece, recordando sucintamente cuál es éste:

De las no pocas variantes que de hechos y nombres encierran los sagrados textos indios, podemos deducir que en el siglo VI antes de J. S. vino a encarnar en el seno de una virgen, llamada *Maya-devi* (La Ilusión divina), el espíritu del Bodhisattva, que había de ser el Buddha después, y que habitaba como espíritu perfecto el cielo de los Tusitas. *Maya*—esposa de *Suddhodana Gotama* (Arroz puro), rey sakia, descendiente del Sol—había tenido durante el sueño la anunciación de su destino en forma de estrella.

Cuando, por el costado de *Maya*, viene al mundo el Bodhisattva, que recibe el nombre de *Siddharta* (el que cumple su propósito), el Universo se ilumina y

los cielos y las aguas se purifican, los ciegos recobran la vista, los sordos el oído, vuelve a los mudos el habla y a los tullidos la destreza, y por dondequiera se repiten los presagios venturosos y las profecías que le proclaman «dominador» de la tierra. Reyes adoran al niño, y un anciano (*risi*) de procedencia ignota, lee el horóscopo y dice al Rey: «Es la flor del árbol humano, que se abre cada miles y miles de años, llenando el mundo con el perfume de su sabiduría y la miel de su amor. De tu estirpe real surge un lo-

las ciento y ocho bellezas morales y las ochenta perfecciones visibles, y para casarlo, hubo de hallarse una doncella, de nombre *Yasodharda*, que reuniera las treinta y dos virtudes apetecidas.

Vivia aislado y feliz en su palacio, sin sospechar la maldad y el sufrimiento; pero—dice P. Carus—«como el elefante cautivo que suspira por las selvas», se impacientaba, anhelando la realidad del mundo exterior. Salió, al fin, a la ciudad, y fué entonces cuando encontró, en su camino, a un anciano, a un enfermo,

Perseverando en su propósito, se retiró, seis años al monte Pandava, donde se somete a mortificaciones que «espantan a los mismos dioses» y permanece en espera, respondiendo: «No», cada vez que los cinco discípulos que le acompañan le preguntan: «¿Has hallado?» Pero pronto le abandonan éstos al ver que, próximo a desfallecer, se reconforta para proseguir su penitencia.

Solitario ya, se sienta ante el árbol de la *Bodhi*, y sobre el montón de yerba («trono de diamantes»), se dispone a

resistir la tentación, que el *Lalita-Vistara* (libro budhista) llama «Asalto de Mara» (Satan), recha- zando primero a la Duda y sufriendo después el asalto de las *Apsaras* (hijas de Mara).

Esta es la escena que representa el cuadro de Eduardo Chicharro. En la selva, iluminada por una luz astral, surge la tentación, presidida por *Lakshmi*, diosa de la belleza y del amor, nacida de la espuma del océano lácteo, la cual, todopoderosa, con sus cuatro brazos se descubre y se ofrece sobre el elefante sagrado. El Buddha permanece sereno y aislado, como si se hallara ya sentado en el loto simbólico de inaccesible albor. Le rodean las *Apsaras*, incitándole: la Voluptuosidad, que se enrosca ante él; la Ternura, la Pereza,

que se extiende indolente, y la Concupiscencia, que, como en la *Comedia*, se envuelve en tachonada piel de pantera. La Insidia está representada por serpientes *python*. El abrazo del instinto sensual femenino y la música, de un lado, y del otro la danza y la adulación, trepan, en torno, rodeando al Buddha. Abajo, y tendiendo sus brazos—los más atrayentes para él—, emerge *Yasodharda*...

He aquí el cuadro. ¿Es acertada su interpretación? No se trata, claro es, de un *pastiche* indio; el artista no ha intentado hacer una obra que hubiera podido firmar un pintor oriental cuya ingenua sensibilidad técnica sería muy distinta. (Así el Greco, al interpretar a San Francisco, no trata de hacer un Giotto o un Gozzoli), pero tampoco estamos ante el lienzo de un erudito profesor ar-



to celeste». ¡Santo y bello presagio!

Muerta *Maya*, a los siete días de nacer *Siddharta*, queda éste al cuidado de su tía *Maháprájaspati* y de setenta vírgenes consagradas a él. «Y así como, poco a poco, crece la luz de la luna, el real niño creció de día en día en espíritu y en cuerpo, y la verdad y el amor residían en su corazón», reuniéndose en él todas las cualidades y aptitudes. Asombra a los más sabios con su ciencia, y vence a los más fuertes en los ejercicios físicos. (Cuenta la Mitología india que un día que *Dévalatta* había dado muerte a un elefante, *Siddharta* lo arrojó, con una mano, por encima de la muralla, y otra vez que aquél hirió a un cisne, éste lo curó y se lo disputó, invocando contra el «derecho de caza» el «derecho de amor».)

Tenía a los dieciséis años *Siddharta*

a un cuerpo muerto y a un asceta mendicante que le revelaron la existencia de la vejez, de los dolores, de la muerte y también del estado de santidad y de renunciación, único capaz de encalmar la tribulación despertada por aquellos males. Vuelve contristado a su palacio; mas, decidido a lograr la paz del espíritu alcanzando la verdad absoluta y la santidad y sabiduría de Buddha, huye una noche a caballo y, llegando a la selva, corta su melena, cambia a un cazador su traje por una túnica roja, despidiéndose al servidor que le seguía y deja su nombre por el de *Sakya-Muni* (el Solitario) hasta que pueda ser llamado Buddha, cuando haya conseguido cumplir su destino de «dominador» y alcance la iluminación (*Bodhi*), el *Sambhoga-Kaya* o felicidad perfecta, y el Nirvana, que detiene la penosa transmigración.



queólogo, capaz únicamente de una fría y académica reconstrucción; esto es, de un cuadro europeo, de los llamados *de historia*, tan faltos de expresión como de carácter.

A pesar de la escrupulosa minuciosidad de todos los detalles, el conjunto de la composición tiene cálida unidad, y, en él, la tentación serpea, como una rúbrica, ondulante, envolviendo a *Sakya-Muni*, como «las cuerdas húmedas del sendero—que fingen a las plantas del medroso viajero—contacto de serpientes». (*Evangelio del Buddha*.)

Peró donde quizá culmina el acierto interpretativo es en la bella versión del admirable tipo femenino, el cual, ajustándose rigurosamente al canon de proporciones indio, no se limita a ser una reproducción fiel de las estatuas y miniaturas que ocupan el museo de Guimet. Diríase más bien que Chi-

charro ha buscado un canon poético anterior a la representación plástica, como lo hiciera el pintor Abanindranath Tagore, jefe del actual renacimiento artístico en la India, señalando el trasunto de la imagen lírica en la imagen plástica. (Así, por ejemplo, la hoja del betel, que se ve en el cuadro en forma de corazón, es norma del rostro femenino, de la línea de la cúpula, etc...) Las imágenes son numerosas (los ojos: peces; las cejas: hojas del *Nim*; labios: fruto del *Bimba*; cuello: caracol; hombro y cadera: testuz de elefante, etc.), tomadas todas de la poesía para formular cánones, pues como dice Samarendranath Gupta (otro de los más eficaces impulsores del movimiento de independencia artística y nacional), «la característica del arte puro es la expresión del pensamiento y no la exposición de la forma».

Eduardo Chicharro, el pintor menos

realista de su generación, ha sabido acudir directamente a la interpretación del mito abstracto y puro, para desarrollarlo luego y realizarlo con la mayor legitimidad de datos y caracteres específicos. Por eso la obra, en su doble aspecto religioso y filosófico, puede ser sentida por el indio y por el europeo aspirando a una significación universal.

El cuadro no tendría verdadero carácter indio si careciese de «emoción estética» (*rasa*), y toda la escrupulosidad del detalle sería en vano si el artista no hubiera sentido plenamente el tema de la renunciación a la vida para alcanzar la perfección y la paz.

La India—esa India, de la que dice Romain Rolland (en su reciente prólogo a los hermosos ensayos de Coomaraswamy) que «vencerá finalmente a Europa por el espíritu»—ha seducido con su filosofía sedante y honda a muy nobles

espíritus de Occidente, en especial a los más fatigados por sus estériles embites al Misterio. Desde las influencias sufridas por Goethe, Schopenhauer, Hartmann, Herder, Humboldt, Leconte, Arnold, etc., hasta el exacerbado budismo de los últimos libros de Maeterlinck, Bunsels y Kayserling, la atracción va en aumento.

También Chicharro es hoy una nueva conquista de esa misteriosa filosofía que hizo exclamar a Nervo—al sentirse enredado definitivamente en sus mallas inefables:

Oh, Siddharta Gautama, tú tenías razón: las angustias nos vienen del deseo; el edén consiste en no anhelar, en la renunciación completa, irrevocable, de toda posesión: quien no desea nada, donde quiera está bien.

Antonio MARCHALAN

## EL CONTAGIO DE LA BAROMANÍA

Manía del bar, para que nos entendamos pronto.

Habrás observado, lector, que cada semana se inaugura un nuevo bar. El negocio de estos diminutos locales debe ser fabuloso: se explica así que aumenten con una fecundidad de parásitos.

La que podríamos llamar historia interna de un bar, es muy sencilla: el que piensa emplear sus ahorros en la instalación de uno de esos simpáticos establecimientos, se dedica durante una temporada no muy larga a pasear por las calles, fijándose en aquellos locales destinados al comercio en los que no entra un alma ni por casualidad; entra él, parlamenta con el dueño y le convence fácilmente de que si sigue allí, va a terminar vendiendo por las esquinas gomas para los paraguas, de puro arruinado. Le da una cantidad, se hace el traspaso y se instala el bar.

La instalación cuesta el dinero y, además, un regular derroche de buen gusto. Hay que atraer al público, no sólo con la baratura y buena calidad de los artículos, sino también con el exorno del local. A última hora está de moda el estilo que podríamos llamar erudito: el bar representa una pagoda china, o un templo asirio, o el camarote de un barco... Nunca falta un pintor amigo que, por unas pesetas y un vale para tomar café gratis durante un año en el nonna-

de la calle de Embajadores o de Malasaña en una estancia completamente oriental.

Peró hay que atender, además, a otras cosas: las luces se ocultarán en unas lámparas que tengan forma de cualquier cosa menos de tales lámparas: bien sombrillas al revés, moldes de flanes, cocos, escafandras... La cuestión es que el cliente, al ver que de aquello sale luz, se asombre un poco ante lo inesperado. Las mesas serán muy pequeñas y las sillas muy incómodas: hay que dificultar todo lo posible la formación de tertulias, y la mejor manera de lograrlo es hacer que a los elementos que la formen un día, no les queden ganas de repetir la suerte.

Arreglado todo esto, queda la cuestión más importante: la del nombre. Los franceses, al inventar aquello de que el nombre no hace a la cosa, no pensaron seguramente en los bares. Puede decirse que la mitad del éxito de uno de estos negocios depende del nombre con que se le bautiza.

En esto de los nombres se han hecho verdaderas locuras; como esos autores de comedias de ahora, que el primer chiste de la obra lo colocan en el título—«El papel de barba», «¡Duro, Sevilla!», «El mostachón de Utrera»—, los dueños de bares han cultivado el ingenio de un modo loco al rotular sus establecimientos.

*Bar-barroja*, *Bar-bacana*, *Bar-ómetro*, *Aca-bar*, porque a veces se usa también el hipérbaton, un hipérbaton modestito, pero que siempre da resultado. En esto de los títulos creo que ha batido el «record» cierto industrial de una capital levantina, que, para indicar al público que en su establecimiento se juega a los prohibidos, no ha ideado nada mejor que titularlo *Bar-aja*.

Para mí lo inefable del bar es el mostrador: él es el que da carácter y modernidad a estos locales que, poco a poco, van matando a los cafés. La consumación, de pie ante el mostrador, es una cosa que nos ha venido de Norteamérica, como los chanclos de goma y las películas tontas. Es una cosa inventada para gentes atareadas, afanosas en su vivir, que entre tarea y tarea entran, toman, pagan y se van; pero acá, en estos países nuestros, donde se bebe y se vive con más calma, el hombre paraguiano de mostrador saborea indefectiblemente su tragedia diaria. Porque como bebe y consume por puro pasatiempo, al salir de un sitio, arrojado por la aglomeración, tiene que ir buscando dónde hay otro para matar diez minutos más.

Peró el bar triunfa, el bar avasalla, y dentro de poco las calles de Madrid serán una brillante exposición de bares, que al echar fuera un poco de su luz, harán que las vías estén un poco mejor

alumbradas, y eso iremos ganando todos.

Otro elemento de bar, sobre todo del bar modesto, es la pianola; también esto, como la luz, es cosa que se echa a la calle, y en esa evolución de las costumbres, que tanto se parece a las vueltas de una noria, se diría que aquellos clásicos organillos y pianos de manubrio, hoy desterrados de las calles madrileñas, han ido a refugiarse al interior de ciertos bares, siguiendo también la moda, como todo el mundo.

Porque es inútil intentar librarse de ella. Aparte de la calle, el bar está en todos lados: en los círculos, en los teatros, en los hoteles, hasta en el propio domicilio; porque una manifestación del bar es ese desarrollo inusitado de la música mecánica, al son de la cual toma su café, después de las comidas, toda familia burguesa que se estime.

Sigamos, pues, la corriente, y vayámonos al bar; en ellos se bebe, se come, se fuma, se hace música y se discute poco por falta de tiempo. Pero no estará de más que de cuando en cuando, y aunque sea a la salida de uno de esos locales modernos que representan un quiosco egipcio o una casa de préstamos holandesa, lancemos una mirada melancólica a cualquier viejo café de barrio, solitario y triston, donde el artículo que más se consume hoy es la tela de araña.

Joaquín BELDA

## CONSIDERACIONES SOBRE EL ESPEJO

El espejo no es un adminículo superfluo femenino, como pueden opinar varones graves; y vean si la teoría del espejo es trascendental: Las cosas no existen hasta que no se reflejan...

La naturaleza, mirándose a sí misma, se crea y sabe que existe.

Un espejo es conciencia de nuestra carne, y es nuestra pupila misma, vuelta hacia nosotros, en el momento en que nuestra persona se separa de nuestra persona para verse.

Finalmente, el espejo nos pone ante nosotros mismos... Nos pone ante un sujeto siempre agradable.

Yo, desde que por primera vez me miré el yo, sé ciertamente que por ahí tengo un excelente amigo. Un buen amigo desde la infancia, desde siempre, con el que no regaño nunca, y el cual sabe bien todos mis secretos, hasta los más inconfesables, que él me perdona con facilidad.

No me contradice, y me hace siempre favor, incondicionalmente; si río, ríe; si me pongo serio, él también; me imita, lo cual es grato y llena el amor propio; es un verdadero admirador mío, y yo lo soy de él, naturalmente, aunque no tengamos nada de qué admirarnos; un amigo, en fin, ideal, que sentiría mucho perder.

Le debo inolvidables favores: de él he aprendido, entre otras cosas, el arte de hacerme la corbata, y de él he recibido consejos, como que me afeite o cuida de mi salud, recomendaciones dulcísimas, propias de una madre amorosa.

Me le encuentro a veces en la peluquería, en la sastrería, en casas extrañas; me le encuentro en la calle, y me mira el calzado; también le suelo ver en el café.

Sin duda, tan antiguo cual la existencia misma es el espejo.

En el principio, como dicen los libros

santos, el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas. Ya existía el espejo. Y Dios, mirándose y complaciéndose en Sí mismo, es como espejo de Sí mismo.

Los primeros espejos fueron, pues, las aguas. Y la linfa reflejaba a la ninfa, la que, en vista de esta ventaja inapreciable, se instaló definitivamente en los ríos.

El agua, vida de las flores, convirtió en flor a Narciso, el cual se enamoró de sí, porque estaba solo, y todo hombre solo se halla ante un espejo, y toda mujer sola, también.

Las aguas, ojos del paisaje, miraban al hombre, y éste miraba, extasiado, a las niñas de las pupilas de las aguas. Narciso, lejos de parecerme lo que era, me parece un hombre enamorado de muchas niñas y haciéndose flor con la más rendida galantería.

Si no, más bien los dioses le debieron

convertir en ganso: animal que tiene tan largo el cuello de mirarse a sí mismo, paseando perpetuamente su imagen.

Para la humanidad no mitológica, el primer espejo fué Eva, en la que se miró Adán y se halló hermoso... Después, Milton vió a Eva mirándose en las aguas. Eva se contempló, se llenó los ojos de sus ojos, y también se halló hermosa; se lavó con el mismo espejo, se adornó con perfumadas flores, y ya tenemos el primer tocador en el Paraíso, lo cual enojó a Dios; y de ahí las graves consecuencias que se siguieron. El agua despertó el más poderoso de los deseos femeninos, que no era la sed, y originó aquel pecado mortal, hoy convertido en tan tremendo pecado venial.

Adán y Eva, echados del Edén, buscarían luego un arroyo: él, para beber; ella, para mirarse.



No había otros espejos que las aguas. Y cuando la humanidad dejó la vida libre y tuvo la ocurrencia de erigir el poblado y luego la ciudad, la mujer echó de menos el espejo; y el hombre pensó en llevar la laguna a la casa para que la mujer no fuese a la laguna... Y fué ideal el espejo sólido.

En la Edad de Bronce, surgió el espejo de bronce pulimentado; y el espejo se convirtió en joya, la más rica para las mujeres. ¿Qué mejor halago? ¿Qué más fiel alabanza para una hermosa que ofrecerle un espejo?

El oscuro espejillo egipcio era como un agua negra y sin fondo, como una extraña ventanita al misterio, por donde desfilaba y existía otra vez el mundo... El oscuro espejo de bronce que sostenía un esclavo, también de bronce, ante los egipcios, reflejaba una Cleopatra de ébano.

Tales espejos negros permitían suponer más belleza en las bellas, menos fealdad en las otras. La verdad se ofrecía velada, y era tolerable y admisible.

Con aquellos utensilios, verdaderas alhajas artísticas, que tenían mangos de obsidiana exquisitos, y mangos de oro igualmente exquisitos, se conformó la hembra durante seis mil años. Eran oscuros, ciertamente; pero las antiguas sabían luego verse bien reflejadas en los ojos de sus amantes.

Las griegas, que aparecen ya en las estatuillas de Tanagra, con el bolso o estuche de vanidad, tampoco se veían en muy claros espejos; mas pudieron rivalizar con Arquímedes, el cual quemó la flota que bloqueaba el puerto de Siracusa con espejos cóncavos de metal, que concentraban los rayos solares sobre las naves adversarias; mientras, las griegas supieron concentrar el sol de la hermosura en los lindos espejitos de plata que labró Praxiteles, y lo incendiaban todo.

El verdadero espejo es cosa de Venecia, la ciudad espejo. Los cristianos venecianos inventaron el procedimiento del mercurio y el estaño, y ya el arte rivalizó en esto con la naturaleza; el hombre fabricó lagunas de mano...

Se iniciaba entonces el Renacimiento, culto a la belleza, cuando artistas supremos, sobre la opacidad del barro y de la tela, hicieron desfilan la más idealizada hermosura como ante espejos que retenían la imagen por siempre, documentos para la inmortalidad.

No ya en Venecia, en Nuremberg y en Flandes se había conseguido apresar la transparencia sutil del vidrio. De las nacientes fábricas, la industria, seguida de un éxito formidable, se exportó en gran escala. Todo el mundo quería mirarse en aquellas fotografías efímeras, ya que aún no era conocida la fotografía, espejo de papel.

Pero cuando se exportó más, y a precios tan fabulosos como clandestinos, fué cuando hubo que ocultar los espejos, cosa de crimen, ante las conminaciones y métodos terroristas de la Edad Media. La clandestinidad es la genialidad de los negocios.

Mas si muchos se vieron privados del espejo, pronto, necesariamente, evocaron en la soledad lo extravagante: el duende, el aparecido, el fantasma. No es posible la soledad absoluta; no se puede subsistir dentro de una soledad... neumática; y si no tenemos nuestro propio espectro que nos acompañe, conjuramos otros. Si hoy no hubiera espejos, permanecerían todas las sombras del pasado en esta edad no del todo clara, resurgirían todos los fantasmas antiguos, sumándose a los que hemos ideado al presente, con espejos y todo.

París contribuyó a la perfección de la industria de lunas, dándole el toque más o menos último, la inspiración más o menos final. Sucesivos ensayos hicieron posible la fabricación de grandes láminas,

## La sombra del novelista



Fuó un cálido crepúsculo septembrino.

Delante, iba una camilla de hule negro; un grupo pequeño de amigos detrás de la camilla. La carretera polvorienta, monótona, finaba en un pequeño cementerio aldeano y cerca había una casuca blanca, donde colocaron el fardo fúnebre. Era el depósito de cadáveres. Momentos después, vimos el cuerpo de Felipe Trigo, sobre una mesa viscosa, horrible, donde antes se acostaron otros desventurados que se escaparon de la vida por modo violento. Un ataúd estaba preparado, de pie, en un ángulo de la pieza. Un solo hachón doraba con su llama temblorosa la frente del cadáver. En la pared se agigantaba la sombra de su perfil ganchudo, como el pico de un pájaro de alucinación.

De uno en uno, pasamos junto al amigo, ya eternamente inmóvil y silencioso. Por la angostura de la cámara, tropezábamos, al pasar, con el féretro destapado y con un estremecimiento indecible nos sentíamos un instante casi dentro de la negra caja. Había un silencio hondo, interrogante. Todos, mirando el rostro lívido, parecía que preguntábamos: ¿Por qué te habrás matado?

En la sien derecha tenía una manchita de sangre negruzca. Un suicida nos produce una honda convulsión fisiológica. Es el espanto de la carne y el estremecimiento de la conciencia; el absurdo monstruoso del hombre que se destruye; una admiración medrosa por la energía bárbaramente extrahumana del ser que quiere anularse y que lo realiza. Vemos ante nuestros ojos la negación de nuestras ansias sensuales de vida y de nuestros divinos ensueños de inmortalidad.

Al día siguiente, enterraron al gran forjador de novelas amorosas. Por las callejuelas del pueblo desfiló el cortejo. Un clérigo cantaba con voz de tiple las fúnebres salmodias y el acólito le respondía con una terrible voz de bajo. Muchas mujeres pueblerinas, con las mantillas echadas sobre sus rostros tostados, rodeaban el féretro del noble creador de almas femeninas. Sobre el luto de los trajes resaltaba el oro litúrgico de la casulla y la blancura rizada de las sobrepellices. El hachón amarillo goteaba sobre el libro de los rezos y la llamita se retorció como un repil de oro. Después, los terrones que caen con un golpe seco. Una azada, otra azada, hasta que no se ve el ataúd...

Hace seis años que se fué el novelista.

Baudelaire se lamentaba de que el derecho a irse de la vida no estuviera catalogado entre los derechos del hombre.

Trigo había estado el día antes en casa de su editor, donde dejó entrever su determinación tremenda. Se dijo que se había suicidado en un momento de locura. No creo que estuviere loco: la carta que se halló en sus ropas era una *sensata* y emocionante despedida.

Un mes antes del suicidio habíamos de la probable vida espiritual después de la muerte física.

—Yo sé cuál es el devenir del ser, la maravillosa mutación de las formas en el crisol universal. Ven una tarde entera para hablar de lo que es nuestra preocupación transcendente.

Trigo tenía una enorme cultura filosófica: seguramente me hubiera explicado teorías profundas e interesantes. El se apresuró a penetrar en el misterio antes de darme la prometida explicación; ahora que ya lo sabe verdaderamente, su boca no hablará, porque está llena de tierra, en el rincón del cementerio pueblerino.

La filosofía espiritualista dice que los suicidas sufren horriblemente hasta que llega la hora en que su vida física debía extinguirse por acabamiento natural. Es un período, a veces de varios años, en el que se eterniza el horror del instante en que dispararon su pistola. Crean que siguen viviendo, y sólo cuando expira el plazo de su vida terrena, marcado en el plano de las causas, cesa este monstruoso dolor inconcebible. Leyendo esta tremenda expiación en las páginas teosóficas de Annie Besant, he pensado en la pobre sombra martirizada de Felipe Trigo, sintiendo en la sien la frialdad del cañón, viendo que la vida no acaba entre las cuatro tablas negras que la tierra devora.

¿Era esto lo que él creía aquella tarde que hablamos del misterio espiritual? No; seguramente no era esto. El quiso descansar y se abrió el cráneo para que volase el pájaro visionario del pensamiento. Esta peregrinación de su pobre sombra suplicada, asistiendo siempre, ya sin una posibilidad de huida al vivir que dejó por propia voluntad, es un martirio superior a la fantasía de los artífices del Espanto.

Trigo era médico y filósofo, y, sobre todo, un gran poeta, creador de almas de mujer. Doliéronse de su fin unos pocos amigos. Muchos ilustres gramáticos, mordieron su memoria.

—¡Oh, qué terrible sintaxis poseía el difunto!— No pudieron analizar la magnitud de su gran sueño de amor humano, de su divino amor carnal y transcendente, simbolizado en un tipo de mujer únicamente vivo en su cerebro de artista de selección, perseguido a través de la vida y de todas sus novelas, un poco incomprendidas, a pesar de los enormes éxitos editoriales, tan envidiados por muchos literatos ramplonamente dramáticos. Y tampoco podían medir la hondura del dolor incógnito que puso el arma trágica en su mano.

Hace seis años que se fué. Era uno de los pocos escritores emocionantes e interesantes. Y, además, un hombre, *nada menos que todo un hombre*, como diría Unamuno.

Yo quiero recordarle devotamente, y sé que su sombra me lo agradecerá, su trágica sombra dando cabriolas siniestras e inverosímiles, con el dolor del pistoletazo en la sien, en esas zonas astrales pobladas de larvas, de vampiros, de espectros de asesinos, de lujuriosos y de avarientos, de todos los monstruos de los pecados y de las pasiones. ¿Será verdad que nunca tendremos una hora de paz en el infinito del tiempo?

Emilio CARRERE

que llenaban los entrepaños de los salones y que reproducían entera la concurrencia elegante y danzante.

Colbert, el ministro de Luis XIV, había logrado traer de Italia a veinte fabricantes, que se establecieron en el «faubourg» Saint-Antoine y aportaron a la corte de los Luises nuevo elemento de suntuosidad.

Pero... las grandes lunas alargaron tanto las perspectivas del Palacio de Versalles, que el pueblo se entró en ellas; se miraron tanto a sí mismos las Pompadour, y los consejeros y los cortesanos, que volvieron la espalda a Francia; y fué Colbert quien adelantó la revolución.

Los vidrios de la Gran Galería de Fiestas reflejaron bacanales de casaca y peluca; pero reflejaron también las figuras aterradas y fugitivas, y tras ellas los figurones descamisados de los populares, y en los vastos fondos y a la vuelta de los áureos marcos, se esfumaron y se perdieron...

Mas... ¿adónde van los seres y las cosas que pasan ante los espejos y desaparecen?...

Porque, en realidad, diríase que aquella orgía loca y la revolución fueron como combinaciones de espejos. Acaso si se destruyeran las lunas de la Galería de los Espejos de Versalles... saldrían las damitas y los caballeros otra vez a bailar un rigodón póstumo, y detrás, gesticulando airados, los perseguidores, y después, los enlevitados presidentes, los altos funcionarios y los turistas, que se van quedando allí para siempre; y los señores de la Conferencia de Versalles, de esa Conferencia reciente, que, sin duda, ha resultado también un juego de espejos, en el que se ha escamoteado la Paz.

Critico fiel de los encantos femeninos, no desdeñado por los varones, el vidrio azogado parece ser invención exclusiva para la mujer.

Al levantarse, la primera mirada de ella es hacia el espejo, que es hacia ella misma. Luego, pasa mirándose no pocas horas, y el reloj, colgado frente al espejo, es un símbolo de su vida.

Tiene espejados el frente de la gaveta, las puertas de los muebles; y vidrios sobre la consola de la chimenea; y en el comedor, uno grande, inglés; y otro en la sala, de cristal de Venecia y marco florentino; y otro en el baño; y otro, pequeño, en el bolso; y en todas partes tienen espejos las mujeres. Porque son los confidentes forzados, y porque la mujer vive constantemente, observado, como ante un espejo.

El amor mismo, el santo y puro amor, que es esencialmente un acto reflejo, es para ella un acto de mirarse, y el elegido de su corazón le sirve para reflejarse a sí propia. Lo mismo puede decirse del sexo de en frente...

Claro que esa como mirada hacia adentro, que es innata en nosotros, y ese reflejo, que es esencia del amor, el amor mismo, si son tan gratos para quien se mira, no son a veces en el fondo tan gratos y favorables para el que refleja... Y yo me atengo a estos versos de Bretón:

¡Por Dios, no se case usted!

¡Mírese usted en mi espejo!

La Verdad es representada desnuda y con un espejito, saliendo del espejo oscuro de un pozo.

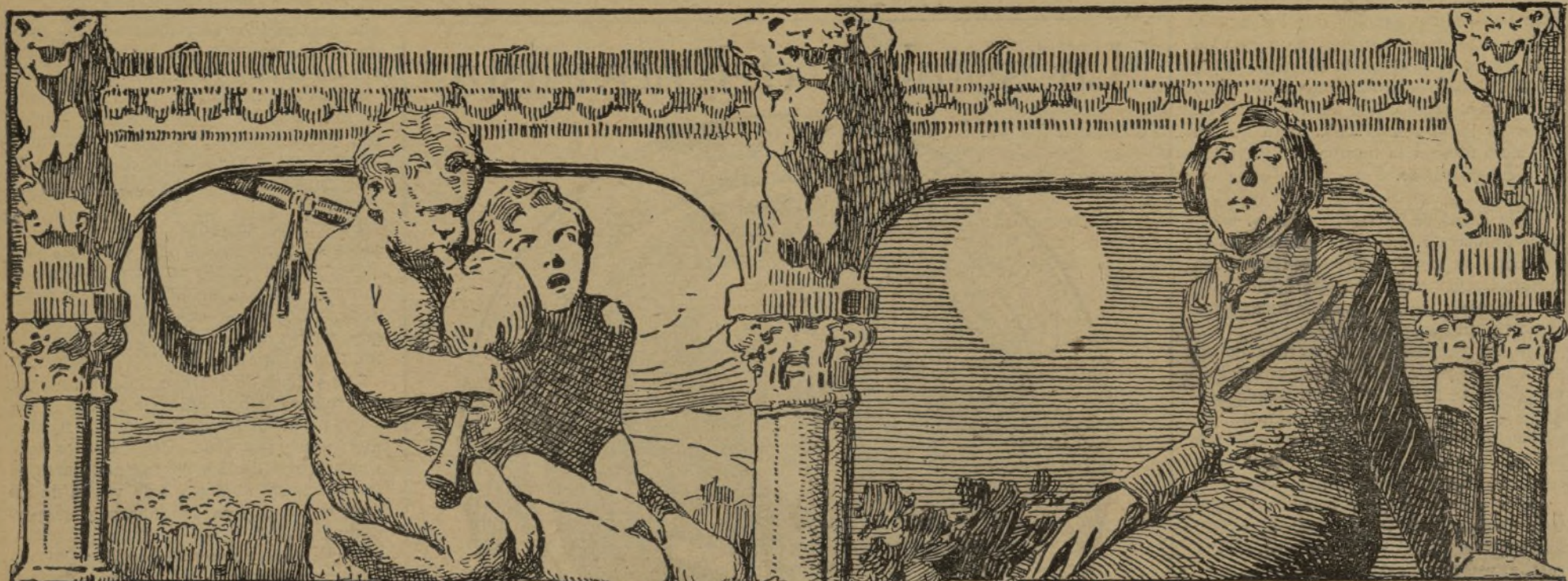
Esta representación, un poco vergonzante, de la pobre Verdad, no se me antoja exacta.

El espejo sabe de labios y de ojos pintados, de lunares a capricho, de peinados engañosos, de sonrisas falsas, de actitudes ensayadas, de postizos grotescos, de ojeadas astutas...

Y lo que disimula tantas mentiras, no puede ser emblema de verdad, y menos aún de la Verdad

José





## MELODIA NORTEÑA

Música vieja del Norte umbroso;  
música simple, música ruda;  
breves compases que se repiten,  
gris y apacible, como la bruma.

Música vieja—gaita y dulzaina  
y la fanfarria de los tambores—;  
música vieja de los astures,  
de los galaicos y los vascones.

Sones pequeños, de notas chicas,  
tan limitadas como el sencillo  
candor risueño de las zagalas.  
Sones de jotas y de zorricos.

Jotas navarras, zorricos vascos,  
muñeiras dulces, música ingenua  
con la que expresan los montañeses  
castos amores, lánguidas penas,

largas morriñas, tristes saudades...  
¡Música antigua, música vieja,  
el laberinto de mi cerebro  
ama lo ingenuo de tu cadencia!

No hay en tus notas bronca lascivia  
de peteneras y soleares,  
ni el navajazo de la venganza  
rompe la dulce paz de tus aires.

Hablas de hogares acurrucados  
bajo las faldas de las colinas,  
risa que salta, pena que gime  
sin complicarse, pura y sencilla.

Hablas de iberos tradicionales,  
de rancia estirpe labriega y sana,  
humo en la choza, valles risueños,  
verdes confines, neblinas vagas,

rubios cabellos, gordas mejillas,  
ojos azules, boinas, monteiras,  
la gaya bulla de los refajos  
en el hechizo de las mozuelas,

contiendas bravas de hirsutos mozos,  
holgorio sano, chacolí y sidra,  
y cuando Roma o Galia te invaden,  
bárbaro acento de ronca ira.

¡Música clásica del Norte umbroso,  
música patria, música añeja,  
el laberinto de mi cerebro  
ama lo ingenuo de tu cadencia!

Luis ANTON DEL OLMET

## ROMANZA DE JUVENTUD

—¿Irás? —¡Iré!

Sonó tan débilmente  
tu voz, llena de angustia y de pasión,  
que no llegó a mi oído... Solamente  
la recogió en silencio el corazón.

—¿Irás? —¡Iré!

Nadie turbó el momento  
de aquella breve cita silenciosa;  
¡vagaba la virtud de un juramento  
en la noche estrellada y misteriosa!

La calle, sola con los dos... Fué una  
pausa inquietante en el nocturno. (Era  
bajo el claro clarísimo de luna  
la cita del Amor con la Quimera.)

—¡Por fin, por fin!—mi corazón decía,  
loco de afán—. ¡Sonó la hora de oro!  
Vendrá a mí con su amor, con su alegría  
—¡mañana mismo!—la mujer que adoro.

—¡Por fin, por fin! Ha vuelto a florecer  
el rosal inmortal de la Ilusión.  
¡Hosanna, hosanna, celestial mujer!  
¡Aleluya, aleluya, corazón!

Ya entre las sombras de tu noche oscura  
brilla la luz de una ilusión divina.  
(¡Ya pasa en cabalgata la Aventura  
por tu calle, como una estudiantina!)

Esa inefable voz cura el dolor  
de mi vida; su música infinita  
es la formal promesa de un amor...  
¡Aunque falte después a nuestra cita!

Lo hermoso es esperar, soñar, creer,  
vivir en un instante la inquietud  
de una vida... ¡Mirar amanecer  
mientras tiembla de amor la juventud!

Recoger la mirada y la promesa  
—la aventura imprevista—de tal modo  
que el alma quede de las cosas presa;  
¡todo es amor y hemos de amarlo todo!

La cita absurda en la calleja oscura,  
el rumor de la falda de la bella  
que se acerca, el perfil de su figura  
y una voz que nos dice: —¡Es ella, es ella!

—¿Irás? —¡Iré!

Ya siento florecer  
otra vez el rosal de la inquietud...  
¡Hosanna, hosanna, celestial mujer!...  
Y si todo es mentira... ¡Juventud,  
a soñar esta noche y a creer...!

Ernesto LOPEZ PARRA



# EL REY Y EL LADRON

ERASE un buen hombre, tan tonto como pobre, que un día, en la iglesia, oyó al señor cura pronunciar las siguientes palabras en un sermón: «Hermanos míos: cuanto deís, Dios os lo devolverá multiplicado por ciento».

Al oír esto, Bonifacio—así se llamaba aquel infeliz—sintió una gran alegría. Apenas volvió a su casa, empezó a cortar los árboles de su jardín, a cavar la tierra y a llevar ladrillos, como si se dispusiera a construir un palacio. Su mujer, atónita, le preguntó lo que hacía.

—Estoy construyendo un establo magnífico—contestó él.

—¿Un establo magnífico? ¿Para la única vaca que tenemos?

—Ya verás; esa vaca se la voy a regalar al señor cura, con la cual tendremos cien...

—¿Regalar nuestra vaca? ¿Pero tú quieres que nos muramos de hambre?

—Calla, tonta. Se la regalo al señor cura, y con esto tendremos cien vacas en lugar de una. Alojare cincuenta reses en el nuevo establo, y con el precio de las otras cincuenta compraré tierras.

Y a pesar de las lamentaciones y los reproches de su mujer, el buen hombre partió con su vaca.

No necesito describir el asombro del cura cuando se vió llegar aquel regalo imprevisto. Intentó explicar a su feligrés que no se trataba más que de pagos espirituales; pero el otro repetía siempre: «Usted lo ha dicho, señor cura; usted lo ha dicho». Hasta que el cura se impacientó y le dió con la puerta en las narices.

La vuelta fué bastante molesta; hacía frío y viento y nevaba. La vaca se negaba a andar, y Bonifacio, desesperado, se veía en el trance de permanecer en la carretera y quedarse helado con su vaca.

En aquel momento pasó un hombre, que llevaba un saco a la espalda, y el aldeano le contó sus cuitas. «Buen hombre—le dijo el otro—, te voy a dar un consejo: vamos a hacer un cambio; tú me das tu vaca, que solamente te sirve de estorbo, y yo te doy este saco con todo lo que hay dentro».

Y Bonifacio, encantado de deshacerse de la vaca testaruda, aceptó, y, tan campane, llegó a su casa con el saco a cuestas.

—¿Qué es eso?—exclamó la mujer—. ¿Qué has hecho con nuestra vaca y qué me traes en ese sacco?

—Te traigo tesoros inestimables—contestó él.

Desató los cordones del sacco, y he aquí que surgió un hombrequito vestido de gris, que se plantó ante ellos, diciendo:

—Buenas tardes, amigos. Tengo hambre; dadme de comer.

La mujer empezó a lamentarse y a reprochar a su marido la estupidez de haber cambiado una vaca, su único sustento, por aquella alhaja con dientes. Pero el hombrequito declaró fieramente que él traería comida a la casa, y salió.

Al poco rato volvió llevando un hermoso cordero.

—Matad este animal—dijo—, y ¡a comer!

Por muy tonto que fuese, Bonifacio no dejó de comprender que aquel cordero era el producto de un robo; pero él y su mujer tenían demasiada hambre para pensarlo mucho. Mataron al animal; lo asaron, y los tres se dieron un festín.

Desde aquel día, la abundancia reinó en la choza de Bonifacio. Un día sí y otro no el hombrequito gris traía un cordero, y el matrimonio empezaba a pensar que no había sido mal negocio el de cambiar una vaca por aquel hábil proveedor de carne.

Pero, ¡ay!, a medida que los corderos entraban en la casa de Bonifacio, su número disminuía en los rebaños del rey. El pastor en jefe, desesperado por aquellos robos constantes, empezó a indagar, y no le fué difícil averiguar el paradero del ladrón.

Al punto, el rey ordenó que el hombrequito gris fuese llevado a su presencia.

Rataplin—se me había olvidado decir que tal era el nombre del hombrequito gris—partió tan sereno y risueño como siempre.

Cuando Rataplin fué introducido en la sala de audiencias, el rey le preguntó si no había oído decir que se habían



—Con el derecho de dar de comer a dos ancianos que tenían hambre—contestó Rataplin, sin inmudarse.

—Está bien—dijo el rey—. Ya que tu principal talento es el robo...

—Para servir a Vuestra Majestad—interrumpió el hombrequito, inclinándose con respeto.

—Yo debía condenarte a muerte—prosiguió el monarca—; pero te perdono con la condición de que mañana robes mi hermoso toro negro a mis pastores.

—Señor—exclamó el pobre Rataplin—, ¿cómo podría yo engañar la vigilancia que rodea al toro negro de Vuestra Majestad?

—Eso es cosa tuya. Como no lo consigas, serás ahorcado.

El hombrequito gris volvió a casa de Bonifacio, donde fué recibido con cariño y alegría, y, sin dar explicaciones, se acostó y durmió de un tirón.

Al día siguiente, cogió una soga, se fué a la selva, por la cual pasaban los pastores del rey, y se colgó, como un ahorcado, de una encina; pero tuvo buen cuidado de no hacer el nudo corredizo.

Al poco rato, llegaron dos pastores conduciendo el toro negro.

—¡Mira!—dijo uno—, este ahorcado es el ladrón de ayer.

—Lo único que no habrá robado en

Cuando llegaron allí los pastores, quedaron estupefactos.

—¡Mira!—exclamó uno—. ¡Si éste es el mismo ahorcado que acabamos de ver a la entrada de la selva!

—Tú estás loco—contestó el otro, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo quieres que el mismo hombre esté ahorcado en dos sitios distintos?

—¡Pues yo te digo que es el mismo!

—¡Y yo te digo que no!

Porfiando, porfiando, acabaron por apostarse una cena, y, para cerciorarse, ataron el toro al árbol y echaron a correr hacia la entrada de la selva.

A Rataplin le faltó tiempo para desatar el toro negro y llevárselo. Cuando los pastores, cabizbajos, llegaron a palacio y enteraron al rey del robo, el monarca mandó llamar al hombrequito gris.

—¿Tú eres quien me ha robado el toro negro?—le preguntó.

—Señor, solamente lo hice para obedecer vuestras órdenes.

—Está bien. Tienes mucho talento; pero mereces la muerte. Para que te perdones la vida necesitas robar esta misma noche las sábanas de mi cama.

—¡Pero eso es imposible!

—Si no lo haces, tendré el gusto de mandarte ahorcar.

Aquella noche, Rataplin se proporcionó una cesta, en la cual colocó una gata con sus cinco gatitos recién nacidos.

Luego se subió al techo del palacio, practicó una abertura y penetró en la alcoba del rey. Metió la gata y los gatitos dentro de la cama, los arropó cuidadosamente y se ocultó sobre el dosel del lecho regio.

Poco después, los reyes entraron en su alcoba. La reina se desnudó y se metió en la cama; pero al punto salió dando gritos horribles.

—¿Qué te pasa?—preguntó el soberano—. ¿Te has vuelto loca?

—¡El demonio está en la cama!—gritaba la reina.

Pero su marido estaba doblemente obligado a ser valiente como hombre y como rey. Se acercó al lecho, quitó las mantas y al ver los bichos se indignó.

—¿Cuál no es el atrevimiento de esta gata, que escoge nuestro regio lecho para depositar en él su descendencia tan tranquilamente?—exclamó.

—Ten cuidado—dijo su esposa—, no te vaya a arañar.

—No temas—repuso el rey.

Lo envolvió todo en las sábanas y tiró el lío por la ventana.

Luego, el regio matrimonio se fué a dormir a otra cámara.

No bien salieron de la alcoba, Rataplin surgió de su escondite, se descolgó por la ventana mediante su soga, recogió el bulto y echó a correr.

Al día siguiente se presentó ante el rey con las sábanas, cuidadosamente lavadas y planchadas.

—Aquí traigo a Vuestra Majestad las sábanas que, siguiendo sus órdenes, tuve el gusto de robarle esta noche—dijo, entregando respetuosamente la ropa.



robado diez hermosos corderos de los rebaños reales.

—¡Ya lo creo que sí!—contestó el otro—; como que los he robado yo.

—¿Con qué derecho?—interrogó el soberano.

su vida será su castigo—contestó el otro.

Y prosiguieron su camino. Apenas volvieron la espalda, Rataplin se descolgó del árbol y, corriendo por un atajo, llegó antes que ellos a la salida de la selva y tornó a colgarse de otro árbol.



—¡Miserable!—gritó el rey, furioso, al verse burlado—; merecías cien veces la muerte, y, sin embargo, te perdono con una condición: y es que mañana, a estas horas, tendrás que haber robado a la reina en persona.

—¡Señor!—exclamó el pobre Rataplín—; pedirme que coja la luna con los dientes y me será más fácil.

—Como no lo hagas, serás ahorcado.

Aquella vez el hombrecillo salió desesperado y llorando amargamente.

A la tarde, un fraile mendicante se acercó al palacio. Llevaba, según la costumbre, un talego al hombro. Cuando la reina le hubo dado limosna para su convento, el fraile la dijo:

—Señora, Dios os premiará tanta caridad. Por ahora, yo os traigo la primera recompensa. ¿Sin duda no ignoráis que mañana se ahorcará en el castillo a un desdichado llamado Rataplín?

—No lo ignora—dijo la reina suspirando—; pero no está en mi mano salvarle la vida.

—Ya lo sé, y no os lo pido tampoco—dijo el fraile—; pero ese hombre es un brujo, como lo prueban las hazañas que ha cometido, y quiere haceros un gran regalo antes de morir. Posee tres secretos maravillosos, y quiere revelar uno de ellos a la que se apiadó bondadosamente de él.

—¿Cuáles son esos secretos?—preguntó la reina.

—El primero consiste en dar a una

mujer el medio de lograr que su marido haga cuanto a ella se le antoje.

—¡Bah!—dijo la reina—. Ese secreto lo posee cualquier mujer.

—El segundo secreto da a las mujeres una sabiduría extraordinaria.

—¡Vaya, vaya!—murmuró la reina distraídamente—. ¿Y cuál es el tercero?

—El tercero asegura a la mujer la eterna belleza y la eterna juventud.

—¡Quiero ese secreto!—exclamó la reina.

—Es cosa bien fácil. Basta con que antes de morir, y mientras goza todavía de su libertad, el brujo os sople tres veces sobre la cabeza.

—¡Que venga!—exclamó la reina, agitada. —¡Padre, corred por él!

—No puede ser—dijo el fraile—. Si pone el pie en este palacio, le prenden y le matan hoy mismo. No le quitéis las pocas horas de vida que le quedan.

—Es que a mí el rey me ha prohibido que salga hasta mañana por la noche.

—¡Cuánto lo siento!—dijo el fraile—. Entonces habréis de renunciar al secreto y resignaros a envejecer y volveros fea como las demás.

—¡No! ¡Eso no puede ser!—gritó la reina—. Quiero salir; quiero poseer el secreto maravilloso del brujo. ¿Pero cómo? Los guardias avisarán al rey de que intento salir de palacio.

—Hay un medio de burlarlos—dijo el fraile—; meteos en este saco; a riesgo de mi vida, yo os sacaré de palacio, y tan

pronto como poseáis el don de la juventud y la belleza, os volveré a traer del mismo modo, sin que nadie haya notado vuestra ausencia.

La reina se metió en el saco. El buen capuchino cargó con él sobre sus hombros y salió tranquilamente. En el camino se encontró con el rey.

—¿Qué hay, padre?—preguntó el soberano—. ¿Habéis sacado mucho?

—Bastante, bastante—contestó el otro, moviendo su venerable cabeza.

Al sentarse el rey a la mesa, notó la desaparición de su esposa. Su ira fué terrible. En aquel momento introdujeron al monje de la mañana, que se decía portador de un mensaje de la reina.

—¿Dónde está la reina?—exclamó el soberano.

—La he robado—contestó el monje, quitándose la capucha y la barba postiza.

El rey quedó estupefacto al ver que Rataplín y el fraile mendigo eran una sola persona.

—¡Esto es espantoso!—exclamó—. ¡El día menos pensado me robarás a mí y a mi reino con todos sus habitantes!

—Mucho más solícito de Vuestra Majestad.

—Pero ¿quién eres tú, un brujo o el diablo en persona?

—Ni lo uno ni lo otro. Soy sencillamente un príncipe, hijo del poderoso rey del estado vecino. Yo venía con mi escudero, con intención de pedir a Vues-

tra Majestad la mano de su hija la princesa Bambalina, cuando una tempestad de nieve me obligó a refugiarme en la casa del cura de una aldea. Allí vi a un aldeano más tonto que un cubo, y se me ocurrió representar el papel que ya seáis. Los robos que hice primero por caridad, los hice luego por obediencia a Vuestra Majestad.

—Decididamente—dijo el rey—, príncipe Rataplín, prefiero tenerte por vecino que por vecino. Chócala. Te concedo la mano de mi hija.

La reina entró entonces, algo confundida por haberse dejado engañar tan fácilmente; pero no renunciaba así como así a sus ilusiones de belleza y juventud eternas.

—¿Y el secreto?—preguntó al príncipe—. Me lo debéis.

—El medio de ser siempre bella, es ser siempre amada—contestó su futuro yerno.

—¿Y el de ser siempre amada?

—Ser buena y obedecer a su marido.

No sé si la reina quedó muy contenta de estas máximas; pero lo cierto es que su hija se enamoró locamente de un novio, que se casaron y vivieron todos muy felices, y más tarde, al suceder a su padre, el rey Rataplín supo ser tan buen monarca como había sido astuto ladrón.

PINOCHO

Dibujos de BARTOLOZZI

## MODOS VICIOSOS DE HABLAR

### Del indebido y arbitrario uso de los vocablos "cotizar," e "innumerable,"

#### «Cotizar» y sus derivados

DESDE hace poco tiempo, no pasa día sin que se vean en la Prensa frases como éstas: «Fueron detenidos por cotizar». «Se les sorprendió cotizando». «Les fueron ocupados muchos sellos, recibos o documentos de cotización», y otras muchas parecidas a éstas. Pero ¿qué tienen que ver los conceptos que se atribuyen a esas palabras con los que rigurosamente les corresponden? ¡Pues no se sabe qué admirar más: si el que se le haya ocurrido a nadie el dar a esos vocablos la significación de *contribuir los obreros con ciertas cantidades para determinados fines y el cobrarlas*, o el que se haya admitido con tanta rapidez y generalidad un concepto semejante!

*Cotización*, según el Diccionario de la Academia Española, es la acción y efecto de cotizar; pero *cotizar* es publicar en alta voz en la Bolsa el precio de los documentos de la Deuda del Estado o el de las acciones mercantiles que tienen curso público. Y, por extensión, se llama también así a los valores que sucesivamente lo adquieren y que se publican, para darlos a conocer en día determinado; pero esto es cosa bien distinta de lo que me propongo esclarecer y rechazar, porque tiene ya el castellano otros modos de expresión más adecuados y universalmente admitidos.

Veamos cómo nuestro léxico proporciona cuanto pueda necesitarse.

*Cuota*, dice nuestro Diccionario, es parte o porción fija y determinada o para determinarse.

*Contribución*: Cuota o cantidad que se paga para algún fin (aunque se entienda principalmente por tal la que se impone por cargas del Estado).

*Contribuir*: Dar o pagar cada uno la cuota que le cabe por un impuesto o repartimiento; concurrir voluntariamente a una cantidad para determinado fin.

*Recaudación o Recauda*: Acción y efecto de recaudar.

*Recaudar*: Cobrar o percibir caudales o efectos.

Los obreros, por lo tanto, *contribuyen*, voluntaria o forzosamente, con una *cuota* para crearse fondos con miras determinadas, y los que las cobran son *recaudadores* de *recaudación*, y no *cotizan*, por medio de recibos, sellos o documentos de *recaudación*, y no de *cotización*, pudiendo ser sorprendidos *recaudando*, pero no *cotizando*. ¡Mentira parece que, teniendo modos de expresión tan sencillos, tan claros y tan unánimemente admitidos hasta hace poco, se prefiera usar unos términos que no tienen significación ni sentido, y que se admitan sin protesta!

Es cierto que, generalmente, cuando se habla de cuotas o de recaudadores, se entiende que se refieren o relacionan unas y otros con las contribuciones o impuestos; y si se hace referencia a los recaudadores o cuotas por otros conceptos, hay que definir cuáles sean, como cuando se trata de aportaciones mensuales de círculos de recreo o de otras sociedades de muy variada índole; cuando se cobran censos, alquileres, cuotas de banquetes, suscripciones, etc., etc., y es natural que se busque la manera más sencilla y lacónica de expresar con un solo verbo las acciones que necesitan en castellano frases compuestas de varios vocablos; y en tal sentido, ¿tiene alguna justificación el querer que la palabra *cotizar* sirva para resumir los conceptos que vengo estudiando? Así, por ejemplo, se trata de introducir en nuestro idioma verbos como *entrevistar*, *distanciar*, *homenajear*, y muchos otros; pero ¿qué se le ha de hacer si no son aún voces castellanas? Realizar, verificar, tener una entrevista, está bien; pero *entrevistar* o *entrevistarse*, hoy por hoy está mal. ¡Y no hablemos de *entrevistar*! Poner o ponerse a distancia, está bien; pero *distanciar* o *distanciarse*, está mal. Prestar o rendir hom-

naje, está bien; pero *homenajear*, está mal.

Quizá algún día sean admitidas esas palabras, y no son pocas las nuevas que ha admitido el *Diccionario de la Lengua*. Entre otras, pueden citarse *insustituible* y *agredir*, que eran de un uso constante y no habían sido admitidas antes. Del mismo modo, nadie repugnaría el que, teniendo las palabras *revista*, *revistar* y *revistero*, se introdujeran las de *entrevista*, *entrevistar* y *entrevistero*. Más repugna el oído castellano, aunque no mucho, la voz *distanciar*; ¡pero la de *homenajear* es estúpida!

Son hoy ornato de nuestra hermosísima lengua muchos antiguos barbarismos, rechazados como tales por los escritores de más nombradía entre nosotros en otras épocas; pero cuesta trabajo pensar que puedan ser jamás admitidas voces como las de *post-guerra*, *pro-presos*, ya se usen separadas o formando una sola dicción, porque, aparte el que siempre es desgraciada esa repartición de una palabra entre dos idiomas distintos, en casos como estos llevan en sí un carácter de cursilería intolerable.

Si, no obstante, y para el caso de los obreros, se quisiera inventar una palabra (que a tanto como eso equivale el adjudicar al vocablo *cotizar* la extraña significación que se le atribuye), sería, en mi sentir, preferible adoptar la de *cuotizar*, definiéndola en forma parecida a esta: «Contribuir los obreros, voluntariamente o por imposición de sus Juntas o elementos directivos, facultados para ello, con cuotas determinadas para crear fondos con destino a fines especiales, y el recaudarlos».

*Cuotización* sería entonces la acción y efecto de *cuotizar*.

Me parece mucho mejor, sin embargo, no crear palabra ninguna ni atribuir a las actuales las extrañas significaciones que he mencionado, teniendo, como se tienen, sobrados elementos para

seguir hablando, y muy bien, en castellano.

#### «Innumerable»

Crean algunos que la palabra *innumerable* debe regirse del mismo modo que el vocablo *numeroso*, y, aparte el que el concepto de numeroso lo ha definido Academia de la Lengua, como ya he dicho en otra ocasión, y el de *innumerable* no ha tenido explicación parecida, todo lo contrario, y nadie duda de su empleo, que yo sepa, exceptuados algunos a que me he referido.

*Innumerable* es lo que no puede reducirse a número, y en tal concepto, sólo puede usarse con singular y plural; voces colectivas indefinidas, como ejército innumerable y ejércitos innumerales; muchedumbre innumerable y muchedumbres innumerales; multitud innumerable y multitudes innumerales; pero si el sustantivo es definido, cuando sea colectivo, sólo puede usarse en plural. ¿Cómo ha de poderse aplicar en efecto, el calificativo innumerable a los vocablos *cuarteto*, *sexteto*, *centenario*, si el singular los reduce al número cuatro, seis, ciento o mil?

Y no hablemos del caso general, en que el singular define claramente su significado, que es el propósito de representar una sola unidad, porque es claro que la unidad no puede ser innumerable. Así, son innumerales las estrellas del firmamento, los peces que pueblan los mares, las aves que surcan los aires, las plantas que viven sobre la tierra; pero evidentemente, no puede ser innumerable la estrella, el pez, el ave o la planta. Por tanto, cuando califica sustantivos colectivos indefinidos, puede usarse voz innumerable en singular y en plural; pero en todos los demás casos, sólo puede usarse en plural. ¡Y eso no sucede con el de numeroso!

Amós SALVADOR



IMPRESIONES DE UN LECTOR

# “EL SALVAMENTO DE LA CIVILIZACIÓN”

Como en el caso de Leonardo Coimbra, yo hubiera querido dedicar a H. G. Wells un artículo de salutación a su paso por Madrid. Sirvanme hoy estas notas marginales que acaba de sugerirme la lectura de sus conferencias reunidas en volumen bajo el título de *El salvamento de la civilización* y traducidas por Ricardo Baeza.

En la polarización de valores que forman la cultura inglesa actual, dos nombres señalan los dos extremos: Kipling y Wells. El primero es la forma apoteósica de una época que ha llegado a su culminación; es un peán, un epinicio o canto de triunfo. El segundo es el generoso afán de iniciar la era humana, después de la era patriótica.

Otro nombre inglés acude a nuestra memoria, a las primeras páginas del libro de Wells. Es el de Tomás Morus. También el libro de Wells es una *Utopía*, dicho sea en la más noble acepción de la palabra; no en el sentido de que nos ofrezca un cuadro social de imposible realización, sino en el de infundir sobre la vieja y exhausta sociedad actual una norma subjetiva de justicia y convivencia. Una de las definiciones del progreso podría ser: el arte de convertir las utopías en realidades. La principal defensa de las imperfecciones vivientes consiste en declararlas insustituibles, consubstanciales con la naturaleza humana. Ese misonismo suele acudir también al fácil sistema de la burla, para desacreditar aquello mismo cuyo advenimiento tema. Ya dice el propio Wells: «Estamos dispuestos a hacer burla de las *Utopías*, como hacen burla los valetudinarios de las radiantes esperanzas de la juventud, haciendo cuanto está en su mano por frustrarlas».

Para que la sociedad se eleve por sí misma, no hay más que dos medios: el catastrófico o revolucionario y el pedagógico o evolutivo. El libro de Wells preconiza el segundo. Y ahí llegamos a la primera gran lucha contra la realidad hostil: precisamente el Estado y la sociedad actuales, comprendiendo aquel peligro, han convertido la enseñanza pública en el instrumento que acomode, como una segunda naturaleza, las generaciones al viejo molde social, para perpetuarlo al servicio de los intereses que garantiza. Ruda es la lucha que plantea Wells; pero es absolutamente necesaria; y el gran escritor le dedica admirables páginas, fustigando la «mentira patriótica», el «patriotismo vocinglero y agresivo», y afirmando el deber de la negativa de obediencia a los Gobiernos belicosos. «Europa, dice, está saturada de patriotismo, como un cuerpo saturado de virus hereditario... Las escuelas de todos los países europeos, casi sin excepción, enseñan actualmente el más rancio patriotismo; son centros de una abominable infección política. Los niños de Europa crecen con una intensidad de egotismo nacional que los hace, para todo fin práctico internacional, nocivos... Cada país en Europa es su propio *Sinn Fein*, cultivando esta fea y estúpida obsesión del *Nosotros solos*. *Nosotros solos* es el guía seguro al conflicto y al desastre, a la miseria, al dolor, a la violencia, a la degradación y la muerte para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, hasta que la especie desaparezca... La enseñanza de la Historia en las escuelas de Europa es la raíz misma de este problema... O tiramos por la borda esos patriotismos, a cambio de una idea mayor, o nos hundimos. ¿Qué idea mayor será ésta? No puede ser más que una: la de un Es-

tao mundial de toda la Humanidad.»

He aquí, pues, planteado el asunto capital del libro: la posibilidad de formación del Estado totalmente humano. En su pureza ideológica, Wells rechaza el calificativo de Liga de Naciones, porque «la palabra *naciones* es justamente la palabra que debiera haberse evitado». Hay que evitar toda soberanía nacional separada, porque hemos de implantar «un Super-Estado englobando y dominando la autonomía de los Estados existentes... Un Estado y una bandera sobre toda la tierra». Observo aquí, dicho sea de paso, una impropiedad: el Estado universal no necesitaría bandera; porque *bandera* viene de *bando*, e implica diversificación, separación; no habiendo más que una colectividad, no habría para qué distinguirla con un signo.

¿Cómo puede llegarse a esa bella *Utopía*, que parece ser, a través de todos los tiempos, el fin lejano de la Historia? Formando una nueva conciencia social. Wells, comprendiendo la gran fuerza de las concreciones visibles para dirigir a los hombres, dedica dos capítulos a estudiar la posibilidad de concentrar en un gran Libro, en una nueva Biblia, las normas de esa conciencia social. En realidad, el prestigio misterioso del Libro, que es la base de todas las religiones,

no ha dejado de actuar nunca como guía sugerente de los redentorismos políticos y sociales, sobre todo para los adeptos que no lo hayan leído o que sean incapaces de comprenderlo; porque esa inferioridad los somete a él con la ciega y absoluta esclavitud de la fe. El último ejemplo de esas divinizaciónes de un Libro, de un Código, es *El Capital* de Carlos Marx.

La página más débil de Wells es la que admite la posibilidad de que una gran asamblea docente de maestros, hombres de ciencia e historiadores de todos los países civilizados hiciese una Historia arquetipo del Mundo, para uso general de todas las escuelas. Esa ilusión revela una noble candidez. Las sofocracias, las oligarquías de sabios, son las grandes culpables de haber sometido al arbitrio interesado de los Poderes la verdad humana. De ellas no podría salir la ruda confesión redentora y ennobecedora, base de la nueva idealidad. La ciencia oficial ha pecado siempre de sumisión áulica, aduladora y timorata. Y lo que desea Wells es volver a «ver las cosas humanas como un gran poema épico en curso»; restablecer la «concepción épica» de la Historia.

Estoy convencido de que la primera condición de vitalidad de una idea es tria en que permanezca siempre viva como *palabra*, a pesar de su plasmación en *escrito*, que es una forma de muerte. La palabra tiene alas, virtud efusiva, calor vital. Del *logos* al *grafos* hay una gran decadencia. Acaso el sentido recóndito de la superioridad evangélica sobre

el Antiguo Testamento se funda en ser la expansión del Logos, del Verbo, de la Palabra, triunfando sobre el Libro, la Ley o Lectura, la Escritura, la Biblia. Sin duda porque tiene conciencia de ese peligro—el peligro de un Libro cuya interpretación auténtica ha muerto, y sobre el cual se amontona la interpretación impura y tendenciosa de las generaciones—, Wells quiere que la nueva Biblia de la Civilización sea «progresiva y cambiante, caminando con la humana experiencia y el destino humano». No la quiere estática, sino dinámica.

Encuentro en esos dos capítulos una graciosa infantilidad, una frescura de aurora. La obsesión de la Biblia como núcleo de la nueva cultura, vínculo con la vieja, me parece una sumisión inconsciente a la norma tradicional sobre que se ha basado la educación británica. Pero la Biblia, como base de una era pacifista y humana, no me parece en verdad la piedra angular que necesitamos; a pesar de la depuración crítica que ensaya sobre ella nuestro autor. Es muy posible que la desviación capital de la marcha de los pueblos arios sea debida precisamente a la Biblia, a ese injerto de semitismo en el árbol de la cultura aria.

No necesito insistir sobre el interés de los pasajes dedicados por Wells a escoger entre la herencia espiritual de todas las culturas una Antología para el Libro de la educación universal. Recuerdo haber ensayado, en estas mismas columnas, una selección dirigida al propio fin educativo.

Los últimos ensayos del volumen son ya plenamente pedagógicos. En mi concepto, padecen del achaque propio de todos esos proyectismos, demasiado simplistas: la preocupación de lo uniforme, que no es lo mismo que la unidad fundamental. Para entendernos, aunque con manifiesta impropiedad, yo llamaría a ese defecto *esperantismo* ideológico. El mismo Wells ha previsto la disconformidad del lector cuando nos dice que «una misma lección será explicada en idénticos términos en todas las escuelas del mundo», ya que «el Sol brilla sobre toda la Tierra, y es el mismo Sol».

En cambio me parecen admirables las palabras en que nos habla Wells del período educativo o de fundación de las convicciones, «cuando comenzamos la empresa deleitosa y desesperante de encontrarnos a nosotros mismos».

Toda la obra es un gran anhelo de verdad, reaccionando contra la mentira interesada, sobre la cual se basa el mundo. Y nuevamente parecen sonar sobre la tierra las palabras del Cuarto Evangelio: «La verdad os hará libres».

Entre los artifices del mundo en formación, será Wells uno de los más nobles educadores. El progreso humano, para mí, opera en dos grandes y lentas integraciones: la antropológica y la geográfica; la de las castas en una sola sociedad, y la de las naciones en un solo Estado. Y la Historia no es otra cosa que la consignación de los esfuerzos seculares para lograr esa finalidad.

Gabriel ALOMAR

## AEG

**A E G**  
IBÉRICA DE ELECTRICIDAD (S. A.)  
MADRID: Nicolás María Rivero 8, y 10  
SUCURSALES:  
Madrid-Barcelona-Bilbao-Gijón  
Sevilla-Valencia-Zaragoza

### ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica

Suministro inmediato



## Philips 1/2 watt



### La preferida mundialmente

*Pídase en todos los Establecimientos de Electricidad*

Al por mayor:

**ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO**  
MADRID: Marqués de Cubas .10. BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

EDITORIAL MUNDO LATINO	
Apartado 502.—Madrid. Librería, Caballero de Gracia, 28. Novedades de mayo.	
EL CABALLERO AUDAZ:	Pesetas.
Hombre de amor (novela).....	5
Con el pie en el corazón (novela). 5	
Lo que sé por mí (primera, segunda y tercera serie).....	5
PAUL VERLAINE:	
Tomo V. Canciones para ella (traducción en verso por Carrere)...	4
FERNANDEZ PINERO:	
Memorias del legionario Juan Ferragut .....	3,50
Envíos contra reembolso.	



# CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



# GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias -:- España.



Entrada al vestíbulo del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Braserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =



## Carlos Coppel

Fábrica de relojes

Fuencarral, 27 Madrid

A cada reloj, acompaña certificado de garantía.

# DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados. Aparatos con o sin bocina. Ventas al contado. Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS  
de  
Raquel Meller

M. Serós

G. Flores

R. Leonís

Bailables  
modernos



DISCOS  
de  
Salud Ruiz

Ofelia  
de Aragón

G. Ortas

Óperas

Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a FADAS -- Peligros, 14 y 16 -- MADRID

QUIOSCO

DE

## EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ

ESQUINA A BARQUILLO